

nes, aparecen en México, como respetuosas de la vida interna del país. En esta República, los comerciantes alemanes lograron provecho en las primeras décadas de su presencia en el país para ir perdiendo importancia, con los años, en el total del comercio extranjero. En cambio en Centroamérica, los alemanes, cuyas ganancias comerciales fueron pobres al principio, llegaron a tener cierta influencia política y pusieron las bases para un comercio que fue próspero después de 1870.

Dane señala claramente que los contactos fueron en beneficio comercial de los alemanes, pues los hispanoamericanos no tenían manufacturas que vender y el comercio de la plata estaba en manos inglesas. Los alemanes trajeron a México telas de lino, seda y algodón, mercería y artículos de hierro y acero y se llevaron colorantes (palo de Campeche y Brasil) cochinilla, índigo, añil, maderas finas y de construcción, cueros, vainilla y de Centroamérica, además café. El comercio alemán por el océano Pacífico fue más próspero que el del Atlántico y no siempre bien documentado.

En 30 tablas y cuadros estadísticos se resume la información que pacientemente se recogió en archivos, tanto de Alemania como de México y Centroamérica, adicionada con noticias encontradas en gacetas, diarios, boletines y numerosas obras impresas. Tiene pues este estudio, el primero de una serie, cuyo editor es el Dr. Hermann Kellenbenz, el mérito de contener la descripción fáctica y amena de las andanzas de los comerciantes alemanes que pasaron o se radicaron en México y Centroamérica, de su manera de proceder y aún de pertinentes noticias de su vida privada, de las compañías que fundaron, de los negocios que hicieron, de los productos con que comerciaron, de los barcos que llevaban y traían las mercancías, de la política administrativa de los diferentes estados alemanes, a la que acompaña las listas y los números que tan necesarios son para acreditar conclusiones.

Como es obvio, por ser este un libro alemán, éstas son principalmente útiles para la historia de las relaciones exteriores de comercio de la nación alemana, aunque también interesantes para precisar, por ejemplo, que fueron comerciantes alemanes quienes proveyeron de telas finas, medias y mercería a la sociedad mexicana acomodada de la primera mitad del siglo XIX, así como para rastrear la fama de los comercios alemanes de ferretería instalados en las principales ciudades de México y para explicar la participación alemana en los negocios del café.

MARÍA DEL CARMEN VELÁZQUEZ  
*El Colegio de México*

MARCOS KAPLAN, *Gobierno peronista y política del petróleo en Argentina 1946-1955*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1971.

Esta obra, como lo señala el autor, no es enteramente nueva; reproduce en lo sustancial un estudio publicado en 1957 bajo el título *Economía y política del petróleo argentino, 1939-1956*.

El objetivo de Kaplan es básicamente seguir de cerca la evolución de un sector económico tan estratégico como es el de la industria petrolera

y relacionarlo con las fuerzas que mueven el sistema económico en general y con la naturaleza del sistema político. Así pues, el proceso de cambio político es tomado con la variable independiente y la industria petrolera como la dependiente. De acuerdo con este esquema, las vicisitudes por las que atravesó el petróleo constituyen para el autor un buen indicador de la naturaleza y la problemática de la economía argentina. Se trata por tanto de un estudio de economía política en el sentido más amplio del término.

La explotación del petróleo se inició en la Argentina en 1907. Su evolución se puede examinar para propósitos de análisis según las etapas de desarrollo político del país: el periodo oligárquico, el radical, el peronista y los regímenes anti-peronistas posteriores. Tras una breve reseña de la situación anterior a la toma del poder por Perón, Kaplan hace el examen de la naturaleza del sistema político peronista que le servirá de base para lograr una explicación del desarrollo tan contradictorio que siguió la industria petrolera argentina entre 1946 y 1955.

Para el autor, el régimen peronista es básicamente bonapartista. Una mezcla y alianza de los aparatos burocráticos, militar y policiaco con la Iglesia y las direcciones sindicales, que logró la adhesión de la clase obrera y en general de las masas pobres de los centros urbanos y rurales. En principio este conjunto de fuerzas identificó como su enemigo a la oligarquía así como al imperialismo norteamericano, pero en la realidad nunca se decidió a enfrentarse a ellos y sí en cambio preservó sus derechos adquiridos. La división de la sociedad argentina en dos campos —los antiguos poderes hegemónicos por un lado y las masas peronistas por el otro— le permitieron al aparato estatal adquirir cierta autonomía. Esta relativa independencia no la empleó más que para preservar e incrementar su poder burocrático, y poco a poco las demandas contradictorias de los principales actores políticos fueron llevando al peronismo a un mayor uso de la represión y perfilando claramente sus defectos: burocratismo e ineficiencia. Tal situación era difícil de mantener indefinidamente. Los antiguos beneficiarios del sistema, que toleraban a Perón sólo en la medida en que controlaba las demandas obreras sin poner cortapisa al desarrollo de su actividad, se fueron alejando cada vez más de ese dirigente. La crisis estalló en 1954-1955 cuando la Iglesia y el ejército sirvieron de catalizadores de la pugna y obligaron a Perón a salir al exilio y de inmediato intentaron la vuelta al pasado.

Todos los titubeos e inconsistencias políticas del peronismo se reflejan en su política petrolera. Desde un principio la situación no fue fácil, ya que la herencia recibida del pasado dejaba un organismo oficial —Yacimientos Fiscales Petrolíferos (YFP)— en competencia con las grandes compañías petroleras internacionales; particularmente la Royal Dutch-Shell y la Anglo Iranian, de capital británico, y la Standard Oil (N. J.) de origen norteamericano. La producción nacional no era ya suficiente para satisfacer la demanda interna y había siempre la posibilidad de que un conflicto mundial detuviera la corriente de combustible importado; tal peligro lo había mostrado ya la situación de falta de petróleo creada por la segunda guerra mundial. A pesar de esto, la primera reacción del peronismo fue desmentir la existencia de un "problema petrolero". Esto significó renunciar a la solución nacionalista a dicho problema, es

decir, renunciar a la expropiación. De acuerdo con Kaplan, tal medida era viable. Pero por otra parte, no se decidió por una política de entrega abierta a los consorcios extranjeros. El artículo 40 de la Constitución de 1949 abría el camino a la recuperación del dominio pleno de la riqueza petrolera por el Estado. La única dificultad consistía en no especificar cómo se lograría meta tan deseada.

Aparentemente Perón pudo luchar aún dentro de marcos tan limitados, dándole pleno apoyo a YFP; pero no lo hizo. Por una parte la dirección de la empresa se vio minada por nombramiento de funcionarios ineficaces pero leales al régimen. Pero esto no fue lo peor, mientras competía con las empresas extranjeras, YFP tuvo que mantener una lucha constante por la asignación de recursos con la burocracia peronista. Así, por ejemplo, ciertos proyectos para la construcción de refinerías tardaron años en ser aprobados, lo mismo ocurrió con los oleoductos. Además, el Estado no le dio ningún apoyo especial a YFP en su competencia con las grandes empresas extranjeras. A estas últimas se les permitió explotar los yacimientos argentinos en condiciones casi idénticas que la empresa oficial; el tratamiento fiscal tampoco discriminó entre nacionales y extranjeros. Al final YFP tuvo que firmar contratos con empresas extranjeras para poder realizar algunas de sus tareas de exploración y explotación, lo cual le llevó a convertirse en un elemento marginal en la industria petrolera argentina al final del peronismo.

La falta de planeación en el ramo petrolero condujo a la Argentina a una crisis de abastecimiento al principiar los años cincuenta. En 1953 fue necesario importar combustible por 800 millones de dólares; ¡casi una cuarta parte de las importaciones totales estaban constituidas por petróleo o sus derivados! Además de la sangría de divisas que eso representaba, los argentinos temieron que en el caso de una nueva guerra mundial —hay que acordarse que la Guerra Fría estaba en todo su apogeo— llevaría a las grandes empresas a suspender su aprovisionamiento a un área tan marginal como era Argentina, sumiendo a su economía en una seria crisis.

Al final del periodo peronista, se estaba tratando de negociar el llamado "Contrato California" con los intereses norteamericanos, para que con su ayuda técnica y financiera se lograra aumentar la producción nacional. Toda solución nacional se había abandonado. Las empresas inglesas no vieron esto con buenos ojos y se sospecha que tuvieron alguna participación en la eliminación de Perón. Los enemigos internos del régimen usaron también esta negociación para desacreditar al régimen; cuando éste cayó, las negociaciones con los norteamericanos se suspendieron y la industria petrolera argentina continuó sumida en la misma crisis en que la había encontrado Perón. Como en otros campos, el peronismo no resolvió nada; en realidad intentó varias soluciones sin llegar a concretar ninguna, o mejor dicho, la solución fue prolongar el estado de cosas existentes: posponer el cambio.

LORENZO MEYER  
*El Colegio de México*